

HOMBRES Y REJAS EN "EL SEXTO",
DE JOSÉ MARÍA ARGUEDAS

DES HOMMES ET DES GRILLES DANS " EL SEXTO",
DE JOSÉ MARIA ARGUEDAS

MEN AND GRATINGS IN " EL SEXTO",
OF JOSE MARIA ARGUEDAS

María Dolores Adsuar Fernández
Universidad de Murcia (España)

Resumen:

La ponencia trata sobre *El sexto*, la novela publicada por José María Arguedas en 1961, texto que trata sobre una de las prisiones "más inmundas que uno puede imaginarse", en palabras del propio autor que había conocido esa lóbrego lugar en 1937, donde fue encarcelado por pertenecer al Comité de Defensa de la República Española. En esa prisión, Arguedas encontró lo que llamaba "una muestra completa del Perú", dirigentes y militantes políticos, apristas y comunistas, conviviendo con los sujetos más pervertidos y depravados de la sociedad, en pisos libremente comunicados por escaleras, marcando los espacios como anillos dantescos. En 1937, apareció, además, la novela "Hombres y rejas" de Juan Seoane, que, sin duda, Arguedas conoció.

Résumé:

La communication traite sur "El sexto", le roman publié par José María Arguedas en 1961, texte qui parle sur l'une des prisons "le plus immondes qu'on peut imaginer", dans les mots du même auteur qui avait connu ce lieu lugubre en 1937, emprisonnée pour appartenir au Comité de Défense de la République Espagnole. Dans cette prison, Arguedas a trouvé ce qu'il appelait "un échantillon complète du Pérou", des dirigeants et des militants politiques, les apristas et les communistes, en vivant ensemble avec les sujets les plus pervers et dépravés de la société, aux étages librement communiqués par des escaliers, en marquant les espaces comme les anneaux dantesques. En 1937, il est apparu, de plus, le roman "Des Hommes et des grilles" de Juan Seoane à qui Arguedas a connu sans doute.

Abstract:

The presentation refers on "the sixth one", a novel published by Jose Maria Arguedas in 1961, text that talks about a prison, "the filthiest one can ever imagine", in words of the author that had known this dark place in 1937, imprisoned because of his belonging to the committee of defence of the Spanish republic. In this prison, Arguedas found what he called a "complete sample of Peru", leaders and politically active politicians, apristas and communists, coexisting within the most perverted and depraved subjects of the company, in floors freely communicated by stairs, marking the prison seem as Dantesque rings. In 1937 appeared, in addition, the novel "Men and gratings" written by Juan Seoane, that, undoubtedly, Arguedas knew.

Palabras clave: José María Arguedas; literatura peruana.

Mots clés: Littérature péruvienne; Arguedas.

Key words: Peruvian literature; Arguedas.

Fecha de recepción: 29/05/2011

Fecha de aceptación: 30/06/2011

El 24 de junio de 1960, en correspondencia con el antropólogo John V. Murra, el escritor peruano José María Arguedas confesaba tener abandonado un relato, una novela corta, que trataba de mostrar el Perú de finales de los años treinta “a través de la vida en una de las prisiones más inmundas que pueda imaginarse”. Una prisión que llevaba por nombre “El Sexto”, y que Arguedas conocía de primera mano: no en vano, en 1937 había sido encarcelado en ella por su pertenencia al Comité de Defensa de la República Española, y allí permaneció durante un año, siendo “tan terrible e intensa la vida, tan lóbrega, tan triste y al mismo tiempo tan cargada de la más formidable esperanza”, que se sentía capaz de elaborar una novela sangrienta, pero contenedora al tiempo de “ideas salvadoras”, de “grupos heroicos”¹. El año en que Arguedas resultaba preso coincidía con la fecha de publicación de la novela de Juan Seoane, *Hombres y rejas*, en la que Seoane refería, como posteriormente haría Arguedas, su experiencia carcelaria. Seoane había sido condenado a muerte por su participación en el atentado que en 1932 sufrió el dictador Sánchez Cerro, aunque su pena sería conmutada 75 días después.

Aprista, Juan Seoane contaba 32 años en el momento de ingresar a prisión y se le acusaba de conspirar contra el tirano, habiendo sido quien facilitó el arma con que se disparó al dictador. Cuando Seoane publica *Hombres y rejas*, el prólogo correrá a cargo del escritor Ciro Alegría, quien dirá haber conocido a Seoane en prisión –en la Penitenciaría de Lima, y haberlo conocido verdaderamente, dado que la prisión es el lugar donde todo hombre “se desnuda de convencionalismos para quedar en carne y hueso de humanidad”. De Seoane dirá Ciro que poseía “alma de artista, pródiga en matices”, capaz al tiempo “de ardor y serenidad, de virilidad y ternura”², que pasó de ser “Juez de Paz a prisionero”, cuya obra se revelaba como un “alegato por la total liberación humana de la injusticia”³.

¹ MURRA, John V. - LÓPEZ BARALT, Mercedes (ed.): *Las cartas de Arguedas*. Pontificia Universidad Católica de Perú, 1996, p. 43.

² ALEGRÍA, Ciro: “Prólogo”, en SEOANE, Juan: *Hombres y rejas*. Prólogo de Ciro Alegría. Ercilla, 1937, p. I.

³ ALEGRÍA, Ciro: “Prólogo”, en SEOANE, Juan: *Hombres y rejas*. Prólogo de Ciro Alegría. Ercilla, 1937, p. III.

La obra de Seoane había aparecido publicada, como hemos dicho, en 1937, año en que Arguedas era internado en una prisión –El Sexto– en la que reconocía a John V. Murra haber encontrado lo que llamaba una “muestra completa del Perú”: dirigentes y militantes políticos (apristas y comunistas) conviviendo con los sujetos más pervertidos y depravadados de la sociedad, “en pisos libremente comunicados por escaleras”: pisos como anillos... dantescos. Dantescos en referencia a los anillos que conformaban los tres espacios con que Dante configuró su *Divina Comedia*: Infierno, Purgatorio y Paraíso. Anillos donde el escritor florentino, acompañado de Virgilio, tuvo ocasión de conocer toda forma posible de relación divina y humana. Salvo que acá, en el caso de *El Sexto*, la experiencia era únicamente infernal.

Así, volviendo a Arguedas, y en el mismo año en que comunicaba a Murra la elaboración de dicho relato carcelario (1960), el escritor peruano publicaba un hermoso ensayo dedicado al escritor mexicano Juan Rulfo, a quien Arguedas profesaba una nada oculta admiración: ensayo que llevaba por título “Reflexiones peruanas sobre un narrador mexicano”. Ya en 1961, veía la luz la novela corta anunciada al antropólogo, y usaba del nombre de la prisión, donde había estado obligado a habitar, para titularla: “El Sexto”. Arguedas bautizaba con el simbólico nombre de Gabriel a su protagonista, a su alter ego: respondía este nombre ya no sólo a un particular guiño hacia el padre de Ernesto, el protagonista de *Los ríos profundos*; ya no sólo al lugar donde Juan Rulfo viviera su niñez (San Gabriel), sino que resultaba homónimo de aquel arcángel que el Día del Juicio Final habría de despertar a los muertos con su toque de trompeta. Así, los moradores de ese espacio distópico con que tropezaba Gabriel al ser internado en *El Sexto* no serían, únicamente, presos de una orden terrena, de un singular “santuario” laico (hombres entre rejas), sino, a semejanza de los habitantes de la Comala rulfiana, muertos “en vida” a los que se precisaba despertar.

Sostiene José Ortiz Reyes que conoció a José María Arguedas en el año 1935, y que sería dos años después, en junio de 1937, cuando acontecieron los hechos que dieron con ambos en prisión. Estudiantes de la Universidad de San Marcos, en el momento en que el dictador

Benavides gobernaba, ambos formaron parte de la protesta estudiantil contra el general Camarotta, fascista italiano que había sido invitado a la universidad por José de la Riva Agüero. Así, sostiene Reyes que habiendo tomado partido por la causa republicana española, y ante la visita del general italiano, vieron en éste “un representante de aquel fascismo que alentaba los bombardeos contra pueblos españoles”⁴, y que recibieron al general con una importante pitada que acabó por provocar la reacción del gobierno italiano y una intensa represión contra quienes habían formado parte de la protesta.

Ortiz Reyes sería detenido días después en la plaza San Martín y trasladado a la Intendencia, sita en la Avenida España y que se comunicaba de forma interna con la prisión El Sexto, lugar a donde tanto Ortiz como Arguedas serían trasladados. Muy pocos meses después, Pepe Ortiz recogería la relación de estos hechos en forma de relatos, que contarían con la lectura, asesoramiento y aprobación del propio Arguedas, y donde Ortiz bautizaría a éste con el nombre ficticio de Juan a la hora de recordar lo sucedido. En carta fechada en Lima el 26 de noviembre de 1938, Arguedas diría a Ortiz:

“Los relatos son admirables. Me gusta más el de los Espectros; en ese has logrado dar toda la realidad del VI. Hay una maravillosa fluidez y emoción (...) Sólo necesitas hacer conocer mejor el ambiente, y eso se hará con los relatos anteriores. Ya tienes tres relatos, el que tiene el Flaco y los dos que guardo yo; es casi un libro.”⁵

Arguedas le recomendará entonces desarrollar más algunos pasajes de la vida diaria del VI, y también de quienes fueron trasladados a otro centro, para a continuación señalarle que hay ciertos detalles que él mismo se ha encargado de corregir (“según quedamos”, dirá). Le expresará su

⁴ ARGUEDAS, José María: *RECUERDOS DE UNA AMISTAD*. Pontificia Universidad Católica de Perú, 1996, p. 26.

⁵ ARGUEDAS, José María: *RECUERDOS DE UNA AMISTAD*. Pontificia Universidad Católica de Perú, 1996, p. 56.

intención de escribir de forma inmediata al escritor ecuatoriano Jorge Icaza (recordemos, uno de los máximos exponentes de la literatura indigenista) para concretar con él la edición de la obra que recogiera los relatos de su amigo, así como su interés en prologar él mismo dicho volumen “describiendo además el ambiente y un poco de la emoción que siento al leerlos”⁶. Hacía apenas unos meses que Arguedas había salido de prisión.

Pero la obra de Reyes no aparecería publicada como Arguedas esperaba, sino que tan sólo dos de esos relatos acabarían viendo la luz: «Sosa», en la revista mexicana *Romance* en septiembre de 1940, y «Espectros», que aparecería ese mismo año en el diario peruano *Nuestra Voz* –y cuatro décadas más tarde, en 1981 y con ciertas correcciones, en el diario peruano *El Comercio*.

Dos décadas después, en 1960, Arguedas tomaría el testigo dejado por su amigo y se centraría en la redacción de una obra que recogiera lo sucedido entonces. Anne Lambright sugiere que el hecho de que tanto en la obra de Arguedas como en la de Ortiz aparezcan personajes con nombres parecidos o idénticos (caso de Rosita, Clavel, Machetero por Puñalada o Chanduvi por Maraví) significa que estos personajes están tomados de seres reales de la prisión, pero las similitudes onomásticas partirían más bien del conocimiento por parte de Arguedas de la obra de Ortiz, y de su participación en la elaboración y corrección de dichos textos. Que en 1960 Arguedas bautice a sus personajes con dichos nombres no sería más que un homenaje a los retratados por Pepe Ortiz, en cuyo proceso de bautismo participó de forma activa. No en vano, no sería éste el único guiño que Arguedas formulara hacia Ortiz: en su relato, Ortiz señalaría su intento frustrado de tener consigo el Quijote en prisión:

“Yo quise hacer entrar el Quijote, pero no lo consintieron. Pienso que tal vez el enflaquecido caballero tenía algo de sedicioso. Seguramente es un libro revolucionario, puesto que el Comisario lo dijo así”⁷.

⁶ ARGUEDAS, José María: *RECUERDOS DE UNA AMISTAD*. Pontificia Universidad Católica de Perú, 1996, p. 56.

⁷ ARGUEDAS, José María: *RECUERDOS DE UNA AMISTAD*. Pontificia

En la obra de Arguedas, tendremos ocasión, en cambio, de encontrar el Quijote entre los libros de Gabriel, cuya lectura señala momentos después de que el piurano le pida no acompañarlo en el asesinato de Puñalada por temor a que muera:

“Ya en la celda, tomé mi ejemplar de “El Quijote” y busqué el pasaje que prefería: “Come, Sancho amigo, sustenta la vida que más que a mí te importa...” (...) Prendí la vela de mi celda. Me senté y volví a leer el pasaje: “Voy a llevárselo al piurano -pensé-. El lo entenderá. Le leeré “El Quijote”; todo el libro... si no pasa nada”. En un rincón, sobre unos cartones, tenía los pocos libros que la policía permitió que ingresaran a la prisión”⁸.

Volviendo al proceso de elaboración de la novela de Arguedas, el 28 de septiembre de 1960, éste confesaría a Murra, emocionado, cómo en Huánuco había conseguido concretar un relato que había comenzado tres años atrás y que había dejado abandonado: en un tiempo récord de cuatro semanas, había escrito 224 páginas, y consideraba así terminada la novela habiendo dado cuenta en ella de “la lucha entre los apristas y los comunistas y el martirio de algunos hombres apolíticos que fueron sepultados en el penal por venganzas personales”⁹. También recogía, cómo no, a aquellos “asesinos, ladrones, vagos y traficantes”-de una “depravación humana” indescribible- con los que estos compartieron prisión.

Pero el entusiasmo inicial de Arguedas hacia esta obra, *El Sexto*, decaerá escasos meses después: en noviembre de 1960, trasladaba a Murra su preocupación por la brillantez real de lo escrito, algo de lo que comienza a dudar, así como su preocupación por el malestar que la publicación de la novela pudiera despertar contra él, tanto por parte de la derecha, como de los apristas y los comunistas, temiendo quedarse acaso tan sólo con el respaldo de los no muy fanáticos de dichos partidos, así como, tal vez,

Universidad Católica de Perú, 1996, p. 110.

⁸ ARGUEDAS, José María: *EL SEXTO*. Prólogo de Mario Vargas Llosa. Barcelona: Laia, 1973, p. 206.

⁹ MURRA, John V. - LÓPEZ BARALT, Mercedes (ed.): *LAS CARTAS DE ARGUEDAS*. Pontificia Universidad Católica de Perú, 1996, p. 49.

“con la opinión quizá de los llamados hombres libres”¹⁰. Volviendo al tema central de la obra, Arguedas le revelará entonces haber sido testigo ya no sólo de “torturas físicas sistemáticas” dentro de la prisión, “sino de la explosión brutal” de oficiales y soplones, siendo el aspecto “más atroz” el de “la corrupción sexual que llegaba allí a lo infinito”. Arguedas le recordará a Murra su infancia y la educación recibida para dar explicación a su particular concepción de la sexualidad, y de cómo él comprende que sólo “el verdadero amor puede dar derecho y purificar suficientemente el acto material”, para preguntarle entonces:

“¿Puede Ud. imaginarse lo que significaría para mí ver cómo los asesinos violaban a los hombres hasta volverlos locos? Ésa es la parte medular de mi novela. Pero también el Sexto era una prisión política y juzgo con la libertad que he sabido conservar a los líderes de los partidos aprista y comunista que conocí en el Sexto. No, ninguno de esos partidos ha de estar conforme con la forma en que los presento.”¹¹

Porque, según reconocerá Arguedas, mostraba de ellos lo que encontraba de heroico y noble, al tiempo que lo que a su juicio “tenían de cruel, de fanatismo espantoso”. Un fanatismo que entendería necesario para poder mover el mundo, pero que le resultaba espantoso “y temible para el futuro del ser humano” por esa exclusividad y “discriminación tan inclemente y ciega”.

Antonio Cornejo Polar señalará la aceptación que entre la clase obrera tuvo *El Sexto*, muy alejada de la recepción crítica que recabó, ya que muchos consideraron ésta una obra menor del escritor peruano. Cornejo Polar afirmará que acaso la novela había despertado “en el imaginario popular urbano el fantasma de una represión que en cualquier momento –y cada vez más– puede cernirse como realidad sobre ese lector

¹⁰ MURRA, John V. - LÓPEZ BARALT, Mercedes (ed.): *LAS CARTAS DE ARGUEDAS*. Pontificia Universidad Católica de Perú, 1996, p. 50.

¹¹ MURRA, John V. - LÓPEZ BARALT, Mercedes (ed.): *LAS CARTAS DE ARGUEDAS*. Pontificia Universidad Católica de Perú, 1996, p. 50.

que precisamente por ser popular se sabe –cada vez más– sospechoso e indefenso”¹². La novela de Arguedas supone, como bien señala Anne Lambright, una radiografía del Perú y sus sujetos, donde el protagonista, Gabriel, resulta un “catalizador, un punto de encuentro de los elementos heterogéneos que constituyen la cultura peruana”¹³, al tiempo que un observador y un soñador que no discrimina a la hora de relacionarse con los distintos niveles de la prisión, comunicándose con sujetos de los tres niveles, e interactuando por igual con los prisioneros no políticos (recordemos que Gabriel pertenece al sector de presos políticos) en una prisión que para Cornejo Polar supone un “mundo equivalente al de la nación: allí chocan las razas, las clases sociales, las subculturas que integran (o desintegran) el país: allí se repite, con más ferocidad pero igual naturaleza, la violencia del orden establecido, su verticalidad tiránica sólo avalada por la fuerza; (...) allí, en fin, el hombre explota al hombre, el dinero y el poder emanan de un único centro y regulan toda la vida, una vida que desconoce la libertad y la justicia”¹⁴.

Así, entre los presos políticos, junto a apristas y comunistas, encontramos a Alejandro Cámac, el minero indígena y comunista con quien nuestro protagonista compartirá celda hasta la muerte de éste, y que asumirá, como acertadamente señala Lambright, la forma de una figura paterna para Gabriel, resultando una reminiscencia de figuras ya presentes en la narrativa de Arguedas, “personajes indígenas o mestizo-indígenas que aportan un entendimiento andino del mundo al texto y cuya visión del mundo”¹⁵ influirá notablemente en Gabriel y en muchos de sus compañeros de prisión, siendo una figura respetada por igual por apristas y comunistas, de tal forma que a su muerte recibirá el homenaje

¹² CORNEJO POLAR, Antonio: “Arguedas, una espléndida historia”. En PÉREZ, Hildebrando - GARAYAR, Carlos (ed.): *JOSÉ MARÍA ARGUEDAS: VIDA Y OBRA*. Lima: Amaru, 1991, p. 20.

¹³ LAMBRIGHT, Anne: “Espacio, sujeto y resistencia en El Sexto”. En *Anthropologica*, Pontificia Universidad Católica del Perú, año XX, n° 20, p. 21.

¹⁴ CORNEJO POLAR, Antonio: *LOS UNIVERSOS NARRATIVOS DE JOSÉ MARÍA ARGUEDAS*. Editorial Horizonte, 1997, p. 155.

¹⁵ LAMBRIGHT, Anne: “Espacio, sujeto y resistencia en El Sexto”. En *Anthropologica*, Pontificia Universidad Católica del Perú, año XX, n° 20, p. 36.

de todos ellos. Cuando Pedro, el líder de los comunistas, despida ante sus camaradas a Cámac y un grupo de guardias irrumpa con intención de cargar contra ellos disparando tiros al aire, el líder de los apriistas frenará el avance diciendo al teniente:

“Puede usted disparar contra nosotros (...). No nos moveremos hasta que Pedro concluya su discurso. (...) Estamos en el Sexto. Esta es la casa que el General nos ha obsequiado. Puede usted matar a unos treinta o cuarenta. Surgirán miles para reemplazarlos”¹⁶,

y todos despedirán al “gran luchador, al mártir y héroe del pueblo” (en palabras de Pedro) bajo una única voz. Una escena de claras reminiscencias vallejanas que asociamos, indiscutiblemente, con su poema “Masa”:

Al fin de la batalla,
y muerto ya el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: “No mueras, te amo tanto!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitiéronle:
“No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: “¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: “¡Quédate, hermano!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces, todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vió el cadáver triste, emocionado;

¹⁶ ARGUEDAS, José María: *EL SEXTO*. Prólogo de Mario Vargas Llosa. Barcelona: Laia, 1973, p. 156.

incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar...¹⁷

Cámac muere, pero su espíritu resurge con más fuerza aún. Así le dice Gabriel a Pedro: “Si aparece algún nuevo tipo de esclavitud, cualquiera que ella sea, Cámac se echará a andar de nuevo, levantando a los tiranizados; los convocará lanzando voces, igual que Pachacámac”¹⁸. Cámac, que en quechua quiere decir “el que crea”; Cámac, el minero tuerto y sabio como el ciego Tiresias, aquel personaje de la mitología griega al que acudían en busca de consejo, reconocido oráculo, fuente de toda sabiduría. El que crea, el hacedor, el que desvela el misterio, el guía, el que muestra el camino, ante quien Gabriel se sorprende al conocerle por poseer –paradójicamente estando en prisión– el “hábito de la libertad”, ante quien Gabriel se rinde, a su muerte, en un acto epifánico:

“Hermano Cámac (...). ¡Llévame tú, que ya eres todopoderoso, llévame a la orilla de alguno de los ríos grandes de nuestra patria! Al Pampas, al Apurímac o al Mantaro. ¡Yo veré el río, la luz que juega sobre el remanso, las piedras que resisten el golpe de la corriente, y me purificaré de todo lo que he visto en esta cueva de Lima”¹⁹.

Frente a esta figura, la de Cámac, que con su único ojo tiende un manto protector a cuantos le rodean, ya vivo o tras su muerte, se encuentra el Rosita, personaje ya presente en los relatos mencionados de Ortiz, conocido homosexual, homónima de la Patrona del Perú, aunque acá deconstruida y desacralizada de la prisión limeña, que mantiene a su “esposo”, el “Sargento”, un ex guardia condenado a prisión por estupro, y representante de la corrupción del poder; cuando Gabriel solicite a Rosita su ayuda para garantizar la vida del pianista, y ésta acceda, lo que hará en realidad será traicionarle y entregar al vago a la muerte.

¹⁷ VALLEJO, César: *OBRA POÉTICA*. Edición de Américo Ferrari. Madrid: UNESCO, Colección Archivos, 1988, p. 475.

¹⁸ ARGUEDAS, José María: *EL SEXTO*. Prólogo de Mario Vargas Llosa. Barcelona: Laia, 1973, p. 163.

¹⁹ ARGUEDAS, José María: *EL SEXTO*. Prólogo de Mario Vargas Llosa. Barcelona: Laia, 1973, p. 177.

Los versos de Walt Whitman, que Gabriel recordará en su celda antes del suicidio de Pacasmayo, supondrán el anuncio de este arcángel de la prisión, cuyo mensaje de esperanza -fallida o no- proyecta antes de salir de prisión con los versos que tanto gustaban a Arguedas del canto XXV del “Canto a mí mismo” de Whitman, y que no hacían sino confirmar su fe en el porvenir:

Tremenda y deslumbrante la aurora me mataría si yo no llevase
ahora y siempre otra aurora dentro de mí.

También nosotros ascendemos, deslumbrantes y tremendos
como el sol,
también nosotros, alma mía, encontramos lo nuestro
en la calma y en la frescura del alba.

Mi voz llega hasta donde mis ojos no alcanzan
y con el giro de mi lengua lanzo mundos y nebulosas de mundos.
(...)

Mi grandeza, ni la sospecha siquiera.
No quiero decirte quién soy en realidad.
Puedes medir mundos... y mundos...y mundos
pero no intentes jamás medirme a mí.
Tus sutiles argucias las desbarato yo con sólo mirarte.
Escribiendo y hablando no se me prueba.
La gran prueba de quién soy la llevo yo en mi rostro...
y sólo con el silencio de mis labios anonado al escéptico.²⁰

Correspondencia:

María Dolores Adsuar Fernández

Docente del Departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura de la Universidad de Murcia.

Correo electrónico: adsuar@um.es

²⁰ WHITMAN, Walt: CANTO A MÍ MISMO. Edición de León Felipe. Madrid: Visor, 1981, p. 68.